

SUEÑOS SIN BRÚJULA

SUEÑOS SIN BRÚJULA

Ester IseI

Plataforma
Editorial



Primera edición en esta colección: septiembre de 2020

© Ester Isel, 2020

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2020

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B 15752-2020

ISBN: 978-84-18285-33-2

IBIC: YF

Printed in Spain – Impreso en España

Diseño y realización de cubierta:

Ariadna Oliver

Fotocomposición:

Grafime

El papel que se ha utilizado para imprimir este libro proviene de explotaciones forestales controladas, donde se respetan los valores ecológicos y sociales y el desarrollo sostenible del bosque.

Impresión:

Romanyà Valls

Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

A mi familia

«Cada fracaso nos enseña algo que necesitamos aprender.»

CHARLES DICKENS



PRÓLOGO

Las cifras de mi vida

Mayo de 2021

Contemplo el atardecer a través de la ventana y resigo las siluetas oscuras de los edificios con el dedo índice sobre el impoluto cristal. Es un cielo vacío, sin sol ni luna, aún desprovisto de estrellas y únicamente iluminado por una mezcla de rosa lavanda rodeado de pinceladas violáceas que, sin motivo aparente, me conmueven. El perfecto lienzo que memorizar; una postal con la que evocar, en el futuro, las mismas emociones que experimento en este preciso instante.

Estoy en una habitación de hotel. En otro continente. A punto de perder la virginidad.

No hay nada malo en ello, ni siquiera alarmante o asombroso. Miles de personas tienen sexo a diario, no voy a ser la primera ni la última en buscar en Google la mejor postura,

cuánto durará, si sentiré dolor, si llegaré al orgasmo. Mi amiga Cassidy me ha comprado varios conjuntos de ropa interior; lo que ella define como «algo sugerente» no es más que tela traslúcida que deja ver cada centímetro de mi piel. La llamaría para descargar mi histeria, pero recuerdo la diferencia horaria entre Londres y Los Ángeles.

«Estás aquí», murmura mi mente estimulada por la adrenalina. Como si no hubiera costado esfuerzo alguno, como si acabase de materializarme de la nada en cuestión de segundos. Mi corazón late en consecuencia, siento el roce de esa realidad colarse por mis oídos, acariciarme los poros con un aliento invisible que me eriza el vello. De no ser por los nervios que vibran en mis entrañas, el *jet lag* me habría destrozado. Dos aviones, siete horas sobrevolando las nubes y tres perdiendo mi vida en el aeropuerto. Pienso en Connor, en su expresión afable perfilada por el flequillo cayéndole frente abajo hasta cubrirle un ojo, en sus carcajadas contagiosas que me invitan a apaciguar mi pulso al ritmo de su armónica cadencia o en la sonrisa que alcanza su mirada para teñirla con fulgor, y merece la pena.

Me contemplo por enésima vez en el espejo, incómoda a causa del revelador estilismo. Con la gabardina, las gafas de sol y la peluca rubia que llevaba al entrar en el hotel estaría más decente. Detestaba disfrazarme al inicio, mi actitud era de cría insufrible al escuchar el alegato de mi mánager, Greg:

—Eres famosa, si quieres conservar tu privacidad, será mejor jugar al despiste con los *paparazzi*.

—No voy a ponerme eso —refuté señalando la ropa de camuflaje.

—Ya lo creo que lo harás —repuso con vehemencia—. Cuando te hartes de estar un mes en pijama sin salir de casa, alimentándote a base de comida precocinada, se convertirá en tu uniforme preferido.

—Ni lo sueñes —le advertí, porque desafiarle era más tentador que darle las gracias.

—Encargaré un par de pelucas más por si te cansas del color —sentenció sin inmutarse.

Tenía razón. Asumí que debía adaptarme a los cambios, por muy precipitados e inauditos que resultasen. Ya no podía ir de compras a un centro comercial sin que un grupo persistente me rodease para pedirme una fotografía. Tampoco podía cenar en restaurantes que no estuvieran dispuestos a cerrar al público unas horas o ir al cine a menos que comprase las entradas de la sala entera. Hacía demasiado que no veía a mis padres o que no quedaba con Cassidy fuera de las cuatro paredes que empezaban a generarme claustrofobia, así que adopté otra identidad en el exterior. Desde entonces me cobijo en una máscara, entro y salgo de un coche a otro, me cuelo en los sitios para no ser perseguida ni retratada haciendo lo que todos hacemos: intentar disfrutar de una rutina normal.

Para mayor seguridad, cumplimos una serie de normas: nunca publicar la ubicación en la que me encuentro en redes sociales hasta haberme marchado, no informar con antelación de mis planes para evitar aglomeraciones y ni por asomo divulgar mis locales favoritos. Echo de menos las tortitas con chocolate blanco y Oreo de Ruelle's Place. Los dulces en general.

La prensa es mi enemiga excepto durante las entrevistas de cortesía. No me puedo quejar, hasta ahora he realizado pocas en comparación con actores de renombre, cantantes que empiezan a abrirse un hueco en la industria o modelos cuya popularidad en Instagram los ha catapultado al estrellato. A pesar de que mis encuentros con los medios no se dilatan más de cinco minutos, las preguntas se repiten hasta la saciedad y debo esforzarme a conciencia para dar contestaciones creativas en lugar de reincidir en los insulsos «Empecé subiendo un vídeo a YouTube en el que le declaraba mi amor a un chico del instituto», «Estoy en deuda con mis seguidores, sin ellos no estaría aquí» o «Me encantaría embarcarme en otros proyectos como el cine, pero mis energías a corto plazo se centran en el canal y en algo de publicidad».

Greg siempre se empeña en que converse un minuto con los periodistas antes de grabar. «De esa manera serás más natural, mantén una charla con el humano y no con el objetivo de la cámara», es su consejo de oro. En mis inicios era pésima, tartamudeaba tanto que me subtitulaban; una vez tiré el micrófono al suelo impulsada por la tensión. Lo que yo catalogaba de «hecatombe que arruinará mi carrera» fueron rasgos que mis fans consideraron encantadores, conductas con las que se identificaron al instante. Contra todo pronóstico, les caí aún mejor e incluso me nominaron a los Teen Choice Awards dos años consecutivos en la categoría de *Choice YouTuber*.

Las cifras de mi vida producen vértigo: diez millones de suscriptores en YouTube, cinco millones de seguidores en Instagram, dos millones y medio en Facebook, un millón

doscientos mil en Twitter. A mis veinte años. Una locura que nació de forma fortuita, tras grabar uno de mis poemas en el móvil. Tenía quince y esa semana nos habían enseñado programas de edición en el instituto, así que fui más allá y le añadí música ambiental de fondo. Lo subí a YouTube creyendo que estaba configurado como vídeo privado hasta que Jake, el chico que me rompió el corazón y al que dedicaba el poema, me escribió disculpándose por ser un capullo. Habían pasado ya tres meses desde que tuve la maravillosa idea de titular a mi obra *Tu crueldad me mata a diario*. Mi visión se tornó borrosa al ver que iba por las 150.000 visualizaciones, 739 *likes* y 200 comentarios de apoyo.

Subí vídeos con mayor frecuencia sin saber qué era monetizar, cómo hacer transiciones aceptables o grabaciones sin sonido ambiente. En un año llegaron las propuestas publicitarias de marcas, regalos de productos para que promocionase en redes sociales, contraté a un contable para que se ocupase de los pagos y a Greg, el *mánager* más eficiente de California, para que gestionase mi agenda, vuelos, eventos y campañas. El término *imposible* no existe en su vocabulario; si quiere algo, hallará el modo de obtenerlo. Además de seguridad, me aporta la reconfortante sensación de pertenecer a un entramado común cuando emplea el plural: «Si nos hundimos, si fracasamos, si firmamos el contrato, si subimos de cifras».

Al igual que una moneda, la fama posee dos caras. Oportunidades, la escalera ascendiente a un paraíso privado, exaltaciones que dan sentido a tus latidos. También obligaciones, presión, interés mediático. Como la pintura so-

bre una pared desgastada, el éxito suprime manchas y fisuras una temporada, hasta que el sol, la humedad y las interacciones humanas las sacan a relucir de nuevo, evidenciando que cubrir los desperfectos no los hace desaparecer. Y el estado en el que encontrarás algo desatendido resulta, a la larga, fatídico. En mi familia, el disgusto comenzó al comunicarles a mis padres, por videollamada, que dejaba la universidad.

—Apenas llevas un semestre —lamentó mi madre mientras frotaba los restos de pudín que se le derramaron sobre el delantal—. Puedes compaginar ambas cosas y decidir más adelante.

—Los estudios deberían ser tu prioridad —exclamó mi padre golpeando la mesa. Me sobresaltó su reacción, pues es el más indulgente de casa.

—Sabía que esto iba a pasar —rio entre dientes Brinley, mi hermana pequeña.

Estaba en primero de Literatura, mis aspiraciones eran dar clases de Lengua, aunque ese porvenir intangible no me apasionaba. Nada lo hacía, siempre fui una estudiante dispersa y mediocre. Si mis profesores hubieran hecho una apuesta sobre el alumno que se independizaría antes, sin duda Sophie Dylan no encabezaría los primeros puestos.

La vibración del teléfono me avisa de que Connor llegará en quince minutos. Enciendo las velas con aroma a vainilla y tomo asiento en el borde de la cama en busca de una canción lenta y emotiva en mi lista de reproducción. Es la tercera vez que vamos a vernos en persona, la primera de ellas en la que estaremos solos al fin. Nuestra relación, como la

mayoría de las vivencias de mis últimos años, ha sido a través de una pantalla.

Nos conocimos por Instagram, mediante mensaje privado. Fue una especie de milagro que llegase a leerlo teniendo en cuenta la cantidad de solicitudes que recibo al día; Greg se encarga de responder o de eliminar dependiendo del contenido. Por suerte, Connor fue solo para mí. Escueto y directo, tierno y un tanto cursi: «Escucho tus poemas a diario, estoy enamorado de tu voz». La curiosidad me obligó a teclear: «¿Puedo escuchar la tuya?». Intercambiamos números, algo que mi mánager no habría aprobado, pero a Kassidy le encantó la idea.

Me gustó que su cuenta de Instagram no tuviera ni una sola foto de él; no publicaba más que paisajes, puestas de sol e imágenes de los conciertos a los que iba. 128 discretos seguidores. Siguiendo a 57, todos ellos familiares y amigos, excepto yo.

—No utilizo mucho las redes sociales —me explicó en una de las primeras notas de voz de WhatsApp.

La mejor frase que he oído en mucho tiempo.

Escribía con una ortografía impecable y su acento británico era irresistible, por no hablar de sus gustos musicales. Pese al desajuste de horas, chateábamos a diario y hacíamos malabarismos con las franjas de trabajo y sueño para enviar mensajes de «Buenos días», «Te echo de menos», «Acabo de poner uno de tus audios con los ojos cerrados para imaginar que estás a mi lado antes de irme dormir». No quise hacerme ilusiones hasta tenerlo frente a mí, en carne y hueso; estaba segura de que un chico tan perfecto no podía ser real.

—¿Y si tiene novia? —preguntaba Kass.

—Hemos pasado millones de horas por Skype.

—¿Y si la novia está en otro país?

—No seas así. —Me indignaba, pero en mi fuero interno rogaba para ahuyentar ese pensamiento.

—¿Y si tiene alguna manía insoportable, como llevar la misma ropa durante una semana o no usar desodorante?

—Kassidy, déjalo ya.

—¿Y si es un fan loco de esos que llevan cuerdas y cuchillos en el maletero para asesinarte, suicidarse él después y que vuestra historia sea eterna?

—¿Y si le damos una oportunidad al amor?

Se la di. «Y estás aquí», me reitero.

Corro hacia la puerta con el corazón desbocado al advertir nuestro código secreto: golpear cuatro veces con los nudillos y una palmada final. Sin quitarse la capucha, Connor me da un beso de los que elevan del suelo y nublan mis sentidos, convirtiéndole en mi única razón para existir. En ocasiones creo que lo es, y me abruma; ojalá pudiéramos estar cada segundo de cada hora juntos, abrazados, besándonos hasta olvidar nuestros nombres y extinguir las voces que me arrojan a la oscuridad, despedirme de las agendas y los sitios en los que estar, anotar cada tarea pendiente en una hoja y lanzarla por una de las ventanillas de avión que tanto odio hasta que la presión atmosférica la hiciera añicos.

—No te imaginas cuánto te he echado de menos —susurro contra su boca, y percibo el frío calado en sus labios.

—Yo más, mucho más —confiesa trazando un reguero

de caricias por mi cuello que diluye los nervios y los transforma en deseo.

Damos unos pasos en dirección a la cama sin dejar de abrazarnos.

—Ropa interior innovadora —musita con una amplia sonrisa.

Me sonrojo de pies a cabeza. Intento cubrirme el pecho, pero me sujeta las manos con suavidad y las aparta de mi cuerpo, permitiéndole ver más de lo que debería.

—¿Podemos apagar la luz? —ruego. Se me antoja imprescindible una pizca de negrura en la que ocultar mis sombras.

Sus ojos se posan sobre los míos para tratar de descifrar las inseguridades que hay tras mi petición. No las conoce todas, nadie lo hace, se me da extremadamente bien esconder mis cicatrices a los demás. Llevo años entrenando frente a una cámara, fingiendo que poseo dotes innatos para la interpretación, siendo un prisma con múltiples personalidades.

El silencio, ese forastero que me visita con menor asiduidad desde que soy una figura pública, se apodera de la habitación y me estremece. No hay nadie más, apenas dos cuerpos a punto de fundirse en uno, la escena es insólita. Me he acostumbrado a convivir con los gritos, miles de voces que corean mi apodo, pupilas y objetivos que juzgan, que me escrutan al milímetro en busca de detalles dignos de mención: una cremallera bajada, una mancha de pasta de dientes, una punta de pelo que se niega a caer en unísono junto a las demás. Esta tarde hay un individuo contemplándome, el más importante, y eso me genera temblor en las manos,

sequedad en la garganta, torpeza en cada una de mis extremidades si reflexiono en que nos quitaremos la ropa y nada será igual. Los celos me alcanzan y me tornan una masa aturdida, débil y confusa.

—¿Estás segura? —inquire Connor como si reparase en mi vacilación.

—Contigo, de cualquier cosa. —Mi voz suena distinta, cargada de pasión.

—Está bien —murmura dándome un beso casto en el cabello, desnudándose él también.

La sudadera vuela por los aires en dirección a la puerta y su camiseta interior cae sobre la alfombra, al igual que los pantalones sin desabrochar siquiera el cinturón. Connor se deshace con agilidad de los calcetines y podría decirse que lleva puesta la misma proporción de tela que yo. Estamos en igualdad de condiciones. Nos tumbamos y provocamos un crujido sonoro de los muelles del colchón. Sus labios me rozan con ternura, las yemas de sus dedos me acarician el vientre y nuestras piernas enroscadas imitan la batalla que libran nuestras lenguas sedientas. De repente, recuerdo que no he llegado a escoger una canción.

—Necesitamos música —exclamo entre jadeos.

Quiero que sea perfecto. Tiene que serlo.

—¿Música?

—Una canción. Para que la escuchemos y pensemos en este momento. En nosotros.

—Vale, vamos a buscar esa canción —accede, y se aparta de mí para que me ponga en pie y remueva el contenido del bolso.

Indago entre las melodías de mi iPhone, husmeo varios canales de YouTube y le hago sacar el teléfono por si tiene alguna propuesta. No se queja, no rechista ni me mete prisa, espera pacientemente y asiente al encontrar *The book of love*, de Peter Gabriel. Tópico, pero nos da igual. Selecciono la repetición en bucle para que sean los acordes que suenen esta tarde, toda la noche, y le doy la espalda pidiéndole sin palabras que me termine de desnudar.

